

de su vida y de su destino, consagrado al amor y á sus sufrimientos. Sufrió á consecuencia de él, pero amó y cantó; el amor se hace perdonar, del mismo modo que perdona muchas cosas. Por eso, la última palabra acerca de Musset, debe ser la de la mujer que le comprendió tan bien pero que le correspondió tan mal, es decir de J. Sand: « Las mujeres del porvenir serán tus hermanas y tus amantes. »

Esta confesión basta para hacer de él el más feliz, el más envidiable y el más envidiado de los poetas.

Mes chers amis, quand je mourrai
 Plantez un saule au cimetière
 Et laissez-m'en l'ombre à l'ombre
 De la terre où je dormirai

Descansa bajo este epitafio
 De un poeta que en su vida
 Fue un saule en el cementerio
 De la tierra que él dormirá

Y de la tierra que él dormirá
 De la tierra que él dormirá
 De la tierra que él dormirá
 De la tierra que él dormirá

CAPITULO VII

TEÓFILO GAUTIER

Su vida y sus obras. — Sus viajes. — *La Joven Francia*. — El artista. — El arte por el arte. — El erudito. — La impasibilidad. — El culto de la plástica. — Una formidable facilidad. — Cuadros á la pluma. — El nabab del epíteto. — Su fin.

Teófilo Gautier (1811-1872) era de Tarbes. Buen alumno del colegio Charlemagne, se dedicó á la pintura y luego á la poesía; Sainte-Beuve á quien fué á ver, quedó maravillado con su poema *la Cabeza de muerto*, y le presentó á Victor Hugo.

Hugo se hallaba entonces en todo el esplendor de su gloria y de su triunfo. Admitido ante el Júpiter romántico, no supo ni siquiera decir, como Enrique Heine en presencia de Goethe « que las ciruelas eran buenas para la sed en el camino de Iéna á Weimar ». Pero los dioses y los reyes no desdeñan esos azoramientos de timidez admirativa. Les agrada mucho que quede uno como desvanecido en su presencia; Hugo se dignó sonreír y me dirigió algunas palabras alentadoras.

Empezaba con tono altivo:

Je suis jeune, la pourpre en mes veines abonde,
 Mes cheveux sont de jais et mes regards de feu;
 Et, sans gravier ni toux, ma poitrine profonde
 Aspire, à pleins poumons, l'air du ciel, l'air de Dieu.
 Aux vents capricieux qui soufflent de Bohême
 Sans les compter, je jette et mes nuits et mes jours,
 Et, parmi les flacons, souvent l'aube au teint blême
 M'a surpris dénouant un masque de velours!

Llegó á ser el Goliat del romanticismo; conocido es su papel de jefe de fila en la primera representación de *Hernani* donde dirigió el asalto

1. Soy joven y la púrpura en mis venas abunda,
 Mi pelo es de azabache, de fuego mi mirar;
 Y sin tos ni fatiga ansioso aspirar puedo
 El aire de los cielos, el aire que Dios da.
 A los volubles vientos que soplan de Bohemia,
 Mis noches y mis días arrojo sin contar,
 Y entre botellas snele el alba sorprenderme
 De suave terciopelo alzando un antifaz.

con un chaleco rojo de que se habla todavía : « Este chaleco rojo, decía él, no me lo he puesto más que un día y lo he llevado toda mi vida. » Fué su chaleco de Neso.

Colaboraba en diversos periódicos, *el Gabinete de lectura, la Francia literaria* que publicó en folletín sus lindos *Grotescos. Albertus ó el Alma y el Pecado*, décimas de arrogante inspiración, á la Musset, con *Aquelarre final* (1830), *la Comedia de la Muerte, Interiores y Paisajes* milagros de ritmo y de cadencia (1832-1840), sólo interesaron á los inteligentes.

La Joven Francia (1833), en que ridiculizaba á ciertos románticos, y *la Señorita de Maupin*, su atrevida y famosa novela cuyo prefacio metió tanto ruido como *Cromibell*, empezaron su popularidad y le conciliaron la amistad de Balzac que le tomó por secretario y le hizo llevar una existencia de alquimista nocturno (*Noticia sobre H. de Balzac*). No tardó en cansarse de este régimen cabalístico y volvió entre los vivos, sus amigos Gerardo de Nerval, Ourliac y Arsenio Houssaye; colaboró en *el Figaro*, en *el Artista*, en *la Revue de Paris*, en *la Presse*, donde escribió folletines de crítica desde 1835, y también en *el Moniteur* y en *el Journal officiel*.

En 1860, reunió en cinco volúmenes sus artículos acerca del arte teatral en Francia desde hace veinticinco años. Doce volúmenes de crítica de arte y de salones, cuatro volúmenes de viajes, siete de novelas y novelas cortas, y un volumen de poesía constituyen su obra en que no faltan lindos joyeles : *Fortunio*, apología de la belleza física (1838), *Una Lágrima del diablo* (1839) inspirada en *el Fausto*; *Esmaltes y Camafeos* (1856), tesoro que merece perfectamente su título y que no se cansa uno de revisar, tantos son el brillo, el encanto, el colorido, el centelleo, la gracia y las imágenes que hay en aquellos cuadros acabados : *el Carnaval de Venecia*, *Sinfonía en blanco mayor*, *Lied*, *Capricho de invierno*, *Lo que dicen las golondrinas* (poético round), *el Arte*, *Nostalgia de obeliscos*, *la Cena de las armaduras*, etc.

El teatro no era á propósito para aquel talento enamorado de las formas, para aquellos caprichos de estilo y de ritmo.

El Tricornio encantado y Pierrot póstumo en 1845 tuvieron menos éxito que los bailes escritos para Carlota Grisi : *Gisela*, *la Peri*, *Gemma*, *Sacintala* (de 1841 á 1858).

Los hizo representar en su casa.

La habitación de las hijas de Gautier servía de teatro; había allí un telón, una batería de luces, y todos los sillones y sillas de la casa. Sobre la puerta, coronada por una mujer desnuda, que se despereza en actitud anacreóntica, hay pegado un anuncio : Teatro de Neuilly, *Pierrot Póstumo*. Levántase el telón y deja ver el escenario, en el que el pintor, Puvis de Chavannes ha pintado unas decoraciones bastante cómicas; es un escenario en el que hay

apenas sitio para dar un bofetón y un puntapié en el trasero. Empieza la farsa, que parece escrita á vuela pluma, en una noche de carnaval, en una taberna de Bérgamo, con lindos versos que parecen enrollarse como las flores en torno de un tirso. Allí dentro pasa y vuelve á pasar toda la familia; Judit en un traje de Esmeralda de la comedia italiana, con lánguida gracia; la joven Estela, esbelta bajo su traje de Arlequín y que hace infantiles muecas con su hociquito negro; el hijo de Gautier, de Pierrot, algo frío, demasiado engreído de su papel y tal vez demasiado póstumo; por último el mismo Teófilo Gautier hacía de doctor, un Pantalón extraordinario, pintado, iluminado de un modo capaz de hacer huir á todas las enfermedades imaginadas por Diafoirus, con la espalda encorvada, ademán tieso y voz transpuesta, trabajada y sacada no se sabe de donde, tal vez de los lóbulos del cerebro, del epigastrio, ó de sus calcañales : una voz ronca y extravagante.

Las novelas : *la Señorita de Maupin*, *la Novela de la Momia* (1856), *el Capitán Estruendo*¹ (1853), inspirado por Scarrón. *Espirita* (1866) demuestran menos imaginación que brio, prosopopeya y erudición. Sobresale especialmente en obras cortas, y su obra maestra hay que buscarla en sus cuatro novelitas : *Juan y Juanita* (1846), *los Astutos inocentes*, *Militona* y *el Rey Candaule* (1847).

¡Qué profunda filosofía se observa en este cuento de apariencia extraña y burlesca! El caso de Candaule no puede ser más vulgar. Los maridos orgullosos de su mujer, que la sacan, la enseñan, y la acompañan por todas partes donde pueda encontrar una multitud para admirarla y adoradores para incensarla y que se consideran felices con los homenajes dirigidos á su esposa como si se los dirigiesen á ellos; todos son Candaule! La admiración y la adoración por la mujer elegida constituyen un placer peligroso, pero seductor. Es un testimonio lisonjero para el buen gusto del feliz poseedor y en que se mezcla algo de esa secreta y maligna alegría que se experimenta al verse envidiado. Pero, para exponerse á semejante juego, hay que estar seguro del corazón de la amada, y sobre todo hay que saber hacerse amar, y la confianza con que se pretende exponerla es un medio peligroso. El sentimiento que impulsó á Candaule á cometer esta imprudencia le costó la vida. Nissya no ha sido nunca vista de nadie; cuando sale, oculta su rostro un doble velo; hasta corre el rumor de que es fea y de que uno de sus ojos tiene dos pupilas. El rey experimenta la necesidad de protestar, de gritar en voz muy alta su felicidad y de proclamar la impecable belleza de la reina; se la enseña á Giges, lo cual es más inconveniente que inexplicable; pero no fué ésta su primera falta, sino la de no ser bas-

1. Hacia 1878, publiqué en el periódico *Los Debates* la hermosa novela de Gautier con el mismo título de *El Capitán Estruendo*. Posteriormente, si mal no recuerdo han escrito algunos (en particular la Sra. Pardo de Bazán) *El Capitán Fracasa*. *Fracasa* tiene el inconveniente de no ser castellano y de no tener sentido para nosotros españoles. Tenemos el verbo *fracasar*, pero con sentido muy distinto. (N. del T.)

tante amado; y en este caso, una imprudencia de más ó de menos nada significa, pues su suerte estaba escrita.

Gautier visitó la Europa y el Oriente, del mismo modo que se visita un museo: España¹ (*Tras los montes*, 1843) Bélgica y Holanda (*Zigzags*, 1845), Italia (*Italia*, 1852), Constantinopla (*Constantinopla*, 1854), Alemania, Argelia y Rusia (*Viaje á Rusia*, 1866; *Tesoros de arte de la Rusia antigua y moderna*, 1860-1863). Diríase que ha visitado países deshabitados, á causa de lo poco que le interesan los hombres. La Sra. de Girardin le preguntaba: « ¿Pero Teo, no hay españoles en España? »

Refiere con encantador buen humor sus recuerdos personales en su *Casa de fieras íntima* (1869). El Teófilo Gautier, que sale lleno de frescura y de vida de los recuerdos de los Goncourt, no nos muestra sino una parte de su robusta personalidad y no la más interesante. Es el *Joven Francia*, melencólico, el disputador atrevido, truculento, que no guarda consideraciones, brutal, de lenguaje muy claro, que juzga el movimiento intelectual de su país apoyando ambos codos en el mantel manchado de vino; que por necesidad del medio en que está y por darse tono, adapta á la crítica literaria la jerga especial de los talleres, de las tabernas y de otros lugares, que se quita la levita para bailar el *paso del acreedor*, que se alimenta de *sabayón*²; que grita, colorado como un pavo: « ¡Qué puerco es ese Racine! » y que siente náuseas cuando piensa en nuestra civilización actual: « Hay momentos en que desearía matar todo lo que existe: á los agentes de policía, al Sr. Prudhomme, al Sr. Pioupiou y á toda esa cáfila de puercos! »

Es el Teo con chaleco rojo, que anda siempre en acecho de teorías y de desarrollos que puedan escandalizar á Sainte-Beuve y á los burgueses. Es Teo, lleno de savia, exuberante de ideas, desbordante de paradojas y de humorísticos caprichos, aprendiz de pintor, que declara: « No escribo para las niñas de la escuela. »

Sin embargo, fué otra cosa. En otros retratos hechos por sus amigos, por ejemplo, máximo Ducamp, la brutalidad se halla reemplazada por la delicadeza y la precisión. No es ya simplemente Teo con chaleco rojo, sino el más exquisito de nuestros escritores y el más delicado de nuestros artistas. Tal vez, después de todo, no nos muestran, en este caso, más que uno de los aspectos del héroe, el que agradaba y seducía al espíritu elegante y distinguido de los retratistas; tal vez, si se desea dar una vuelta completa á esta amplia é inteligente figura, no será malo aliar algo de los Goncourt con mucho de du Camp, para no perder de vista al hombre privado, en traje de casa, mientras nos en-

1. Gautier es uno de los que más han contribuido á llenar de paparruchas las imaginaciones francesas con respecto á España. (N. del T.)

2. *Sabayón* (del ital. *sabaione*). Mezcla de yemas, de huevos frescos, de azúcar, vino y especias, que se cuece batiéndola para que espese. (N. del T.)

señan al artista y al poeta. Hay dos hombres en Gautier, sin *h*. Tenía horror á la *h* con que los tipógrafos adornaban su nombre. Hay que distinguir en él el hombre de buen humor y el escritor sutil, el artista sensible, enamorado de lo bello y de la forma, el orador, ruidoso y paradójico del cenáculo; el escritor de genio, el romántico de pelo en pecho que teme siempre no ser bastante medioeval, que deja crecer su cabellera espléndida hasta la cintura, para sacudirla como el león sus erines en las luchas contra los clásicos « esos tiñosos y esos desdichados », en medio de los agentes de policía á quienes maltrata con la convicción de Villon y de Gringoire, cuando le daban una paliza á la ronda.

Unas veces se cierne en las alturas y otras patalea en el fango, según la hora; tiene las alas del cisne y las alas palmeadas del vampiro. Es un alma elegida, que se ha hundido en una materia espesa; juega con las rimas, como los titiriteros, con las pesas; sobresale en los tercetos y en el boxeo; cincela admirables camafeos con la misma mano con que daba, en la feria de Neuilly, sobre la cabeza de turco terribles puñetazos que marcaban 520 libras en el dinamómetro.

Esta potente y maciza naturaleza tiene tesoros de delicadeza exquisita y de poesía y agudeza. Como esos recios cantores de las capillas rusas que susurran y modulan los murmullos más dulces y debiles, este sólido Hércules, tiene tenuidades ideales en la expresión y en la invención literaria; esta enorme boca canta las más armoniosas lides de amor. No es el monstruoso Polifemo aplastando bajo un pedazo de montaña á la blanca y dulce Galatea; el coloso tiene gracias imprevistas para acariciar, sin herirla, á la musa delicada.

Hay muchas cosas que sorprenden en este hombre extraordinario. Tuvo una facilidad maravillosa; sus manuscritos apenas tienen tachas; escribía con la más prodigiosa facilidad. La idea se hacía imagen bajo su pluma; su pensamiento se coloreaba al salir de su cerebro. Su vasto y movable espíritu se abría con el mismo interés á todos los asuntos; todo le interesaba y sabía vivificarlo todo y hacerlo todo sensible y visible con la magia de la palabra. ¿Qué género dejó de abordar? El folletín, los viajes, la novela, la historia literaria, el teatro, la poesía lírica: todo lo intentó y lo probó y en todo empleó la maravillosa presteza, la resplandeciente fantasmagoría de su imaginación, los brillantes y multicolores fuegos de artificio de su rica y rutilante fantasía.

Cuando hayan pasado los años, muchos de sus libros habrán sufrido seguramente la suerte común; aún se leerá á la *Señorita de Maupin*, la *Novela de la Momia*, al *Capitán Estruendo* y *Fortunio*; los *Esmaltes y Camafeos* lanzarán aún sus destellos suavemente tamizados; muchos tomarán á Teófilo Gautier como guía cuando viajen por los mismos

países que él recorrió; nadie irá sin él á España; se le releerá en Italia, en Constantinopla y en Grecia; los literatos conservarán largo tiempo en el estante más inmediato á su mesa el delicioso volumen de los *Grotescos*; algunas de sus obras sobrenadarán y conservarán lectores á pesar de las profecías de los críticos: « ¡ Todo perecerá! » No, no perecerá todo.

Lo que perdurará tanto como nuestra literatura nacional, es el recuerdo del más hábil colorista, del pintor más llamativo, del más rico en matices brillantes ó apagados, en reflejos irisados, en tintes tenues ó crudos, en tonos sabiamente combinados, diversificados hasta lo infinito, y hábilmente agrupados y fundidos. Entró en la vida por el taller de un pintor; fué alumno de Rioult.

El escritor no olvidó jamás sus principios, y se mantuvo siempre artista enamorado de la forma y del color. Esta pasión fué á veces hasta exclusiva, y la idea se resintió de ello; pero tal era su gusto. Decía á Taine:

Pedir á la poesía sentimentalismo es un error. Palabras resplandecientes, palabras de luz con un ritmo y una música, eso es la poesía. Eso no prueba nada. Tal es el principio de Ratbert, no hay poesía como esa en el mundo. Es la meseta del Himalaya, toda la Italia blasonada se encuentra allí... y nada más que palabras.

Es la teoría parnasiana que tomó mal camino. Fué el protagonista del arte por el arte, del arte inútil. Á los partidarios del arte útil, les gritaba en el prefacio de *la Señorita de Maupin*:

« No, especie de imbéciles, de cretinos, un libro no sirve para hacer sopa de gelatina; una novela no es un par de botas sin costura; un soneto no es una jeringa de chorro continuo; un drama no es un ferrocarril, cosas todas esencialmente civilizadoras y que hacen marchar á la humanidad por la senda del progreso ».

Gautier llevaba hasta el último extremo el amor á la belleza de la forma, á expensas de la idea. Pensar lo contrario, era, según él, « caer en el idiotismo burgués ». Felizmente no dejó él de caer también un poquito, á fin de que su prosa ó sus versos se libren de los sarcasmos de Hamlet: « ¡ Palabras, palabras y palabras! » Á pesar suyo, pensó y pensó bien; pero sobre todo revistió la idea con el traje más resplandeciente que pudo llevar jamás.

Es una maravilla como sabe vestirla, matizarla, colorearla y no hay nada que sorprenda tanto como la flexibilidad y la riqueza de su vocabulario. Pocos han tenido en igual grado una memoria tan fácil y tan vasta y una imaginación tan fecunda. Leía, por divertirse, diccionarios; por eso el número de palabras que supo y empleó es enorme. Refiere

con todo el léxico especial de la arqueología, *el Rey Candaule ó la Novela de la Momia*, al mismo tiempo que posee al fondo la tecnología del castillo medioeval, de la armadura de los caballeros, y de los hábitos y costumbres del siglo xv.

Este poeta fué un sabio, un arqueólogo, un medioevalista, un crítico perfectamente al corriente de nuestra historia literaria. No conozco artículos más deliciosos que los que consagró á los que él llama *Minores*, no se sabe porqué, á los *Grotescos*. Su estudio acerca de Scarron es de los más llenos de vida, y de los más curiosos, aquel pobre Scarron torcido como una Z, que tanto sufrió.

Nadie ha hecho de Saint-Amant un retrato que se aproxime al suyo por la vivacidad de la imagen, por el calor de la defensa, por lo pintoresco de las pinturas, por la evocación del medio, por el sentido crítico de las obras, y por el cariño con que trató el asunto. Gautier suministró una suma de trabajo considerable. Lo más picante es que jamás pareció darse cuenta de ello el público hasta que se reunió la colección de sus escritos. Este escritor laborioso pasó por un fanfarrón de la pereza, después de haber compuesto, según confesión propia, « en todo, algo como trescientos volúmenes, por lo cual todo el mundo me llama perezoso y me pregunta en qué me ocupo ».

Ésta es la mejor manera: hacer mucho sin parecerlo, lo cual vale más que mostrarse siempre muy ocupado, sin tener que hacer.

Su saber era tan enorme como su memoria. ¡ Qué de veces, hallándose sus amigos indecisos acerca de un punto de historia, de lingüística, de geografía, de anatomía, ó de arte, se dirigieron á él y vieron satisfecha inmediatamente su curiosidad! Por eso decían: « No hay más que hojear á Teo. »

Aquel hombre era una enciclopedia viva. Á este propósito refería con frecuencia una anécdota curiosa recogida por sus amigos.

Hallábase en el campo en un castillo hospitalario, que, todos los veranos, reunía á un grupo escogido de artistas y de sabios. El parque se hallaba atravesado por un estanque abundante en peces donde viven carpas seculares, verdaderas desposadas del tiempo.

Cierta día ocurrióle á uno de los huéspedes el capricho de comerse una en su almuerzo. Como no tenía costumbre de temer lazos ni trampas desde hacía cien años, y como casi estaba ciega, la abuela se dejó coger, é inmediatamente fué llevada á la cocina. Pero he aquí que al cabo de algunos momentos, se llenó el patio del castillo de pinches que gritaban asustados y que daban señales del mayor terror. El mismo cocinero apareció como muerto, con el rostro descompuesto y las manos temblorosas y, como en *Riquet el del copete*, se manifestó una agitación extraordinaria en el departamento de los hornillos. Acudió todo el mundo y agrupóse en torno del jefe de cocina, el cual refirió que apenas puso á cocer la carpa, lanzó ésta gritos que partían el corazón y añadía que jamás había oído lamentos más desgarradores. Los

catasalsas, agrupados en torno de su maestro, confirmaron el relato y todos declararon que preferían abandonar su puesto antes que continuar cocinando un pescado tan extraordinario.

¿Extraordinario? exclamó entonces Teófilo Gautier. De ninguna manera: todos los peces gritan cuando los cuecen.

La carpa tenía una voz más fuerte que los demás y ahí está el misterio. Al oír esta observación del poeta, todos los sabios protestaron á la vez, diciendo que era una broma ó alguna ilusión de acústica que había engañado á los cocineros, pues es demasiado sabido y está fuera de duda que los peces padecen de afonía. « El hecho, afirmaron, se halla consignado en los tratados más elementales de Historia Natural. — *Savantissimi doctores!* dijo Gautier, las historias naturales las han hecho los naturalistas. — ¿Cómo podrían gritar los peces si no tienen órganos vocales? — Sí, los tienen, replicó, y en eso estriba el error de Uds. Dicho esto, dió á la concurrencia una lección de ictiología tal, con el poder de realización que le caracterizaba, que parecía que todos los peces de los ríos y del océano protestaban con él contra la ignorancia y la malevolencia de los sabios. Iba detallando, disecando, anatomizando las menores fibras de su órgano vocal. Las hacía vibrar, cantar, gritar, aullar y murmurar, según las pasiones de que estaban animados: cólera, alegría, desesperación, dolor ó placer. Iba revelando su vida misteriosa, su amor, sus guerras, y llegaba por último al abominable suplicio que el hombre les imponía de cocerlos vivos; los pintaba en términos tales, que los pobres pinches de cocina se deshicieron en lágrimas, y que ni uno solo de los sabios pudo comer pescado durante ocho días hasta el punto de que se dejó de servir en la mesa.

Al día siguiente de la aventura, uno de los sabios, que había vuelto á París, le escribió: « Mi querido amigo, he pasado la noche comprobando sus asertos; tienen una exactitud admirable. Usted es el sabio y nosotros los poetas. »

De sus viajes por el pasado ó por el presente, retuvo fielmente y anotó con seguridad todas sus impresiones que eran muy vivas. España, con sus manolas, fandangos, chulos y gitanas¹; el Oriente con sus visiones doradas; la Italia con sus ruínas antiguas y sus mujeres hermosas de aterciopelados ojos; todo ello revivió ante nuestras miradas de un modo tan resplandeciente tan lleno de sol y tan espléndido que la lectura de sus obras es una fantasmagoría deslumbrante y cegadora.

El peligro estaba cerca y el ejemplo era tan seductor como pérfido. Sus imitadores recogieron también en todos los vocabularios técnicos ó exóticos los elementos de estas pinturas tan brillantes, pero sólo consiguieron coleccionar un conjunto facticio y polvoriento que parece la trastienda de un chamarilero. Débese esto tal vez á que les faltó, además del talento para exponer, la inspiración, el sentimiento y hasta, estoy por decir, el amor, sin el cual no hay poeta. Es también tal vez lo que faltó en parte á Gautier, hay que reconocerlo. Todos sus héroes se

1. Véase lo dicho anteriormente acerca de su viaje por España. Sin embargo hay que perdonarle sus herejías gracias á las inimitables páginas que consagró á la catedral de Burgos y á otros monumentos artísticos. (N. del T.)

distinguen por una flema impasible. En el viejo castillo de la Sra. Kerkaradec no ha sonado la campana de la entrada desde hace quince años; pero llega un día en que suena cuatro veces seguidas, y se presentan cuatro viajeros sucesivamente so pretexto de que su silla de posta se ha roto. La anciana dama recibe sin emoción aquellas visitas imprevistas y se contenta con decir con acento de profundo júbilo: « No ha querido el cielo que muera sin jugar aún siquiera una vez al whist. Ya somos cuatro, número indispensable: ¡ la Providencia es grande! » — Jamás se sienten conmovidos ni perturbados; si el cielo se les cayera encima, dirían: ¡ Dios le ayude!

Los Goncourt han estenografiado unas palabras curiosas:

Lunes 9 de noviembre, Comida Magny.

Teófilo Gautier desarrolla la teoría de que un hombre no debe mostrarse afectado por nada, pues eso es vergonzoso y degradante; que no debe jamás hacer ver la sensibilidad en sus obras; que la sensibilidad es un indicio de inferioridad en arte y en literatura. Este vigor dice, que poseo y que me hace suprimir el corazón en mis libros, lo he logrado adquirir por el estoicismo de los músculos. Hay una cosa que me ha servido de lección. Cierta día me enseñaron unos perros en Montfaucon. Había que pasar por en medio del camino y recogerse los faldones de la levita. Eran aquéllos unos perros muy vigilantes, educados para la guarda de los castillos y de las granjas. Cuando les ponían un asno en el camino, y los soltaban en libertad, en cinco minutos no quedaba del asno más que el armazón. Después me hicieron pasar por otro departamento de perros: estos últimos, muy miedosos, se arrastraban por tierra y nos lamían las botas. ¿Es ésta otra especie de perros, pregunté al hombre? No, señor, son absolutamente los mismos; pero á los otros se los alimenta con carne, y á éstos con sopa de pan. Esto me iluminó... He comido por día seis libras de carnero, y el lunes me iba á la barrera á esperar que bajarán los obreros para pelearme con ellos.

Conocida es su divisa: « Nada es nada. Y en primer lugar, no hay nada. Sin embargo, todo llega, pero eso es muy indiferente. »

Hasta la había rimado en una profesión de fe extra, romántica que apareció en 1831.

C'est qu'il faut être aussi bête à manger du pain,
Rentier, homme du jour et non du lendemain,
Garde national, souscripteur ou poète,
Ou tout autre animal à deux pieds et sans tête,
Pour ne pas réfléchir qu'il n'est au monde rien
Qui vaille seulement les quatre fers d'un chien.

Hay que ser un borrico que de pan se alimente,
Rentista, hombre del día (no del día siguiente)
Subscriber ó poeta ó guardia nacional,
Ó, con pies y sin testa, cualquier otro animal,
Para no darse cuenta de que el mundo maldito
No ofrece á nuestros ojos nada que valga un pito.

Indicaba con gracia su ideal sentimental en esta salida que constituye su programa de insensibilidad: « Yo soy fuerte, y hago subir la cabeza de Turco hasta el 520; además hago metáforas que se siguen. ¡ Todo estriba en esto! »

En cuanto al corazón, puede deducirse, la parte que tenía en sus afectos, de esta definición poco galante: « Las mujeres son cosas que nos impiden fumar. » Tuvo el culto del desarrollo físico. *La Señorita de Maupin* es un himno á la belleza del cuerpo; *Swimburne* llamaba á esta novela: *the golden book of beauty*. Es el libro de un poeta antiguo y plástico. Escuchemos al héroe:

Soy un hombre de los tiempos homéricos; el mundo en que vivo no es el mío, y no comprendo nada en la sociedad que me rodea. Cristo no vino para mí; soy tan pagano como Alcides y Fidas. Jamás he subido al Gólgota á coger las flores de la Pasión, ni me ha bañado con sus olas el río profundo que mana del costado del Crucificado y forma una cintura roja alrededor del mundo; mi cuerpo rebelde no quiere reconocer la supremacía del alma y mi carne no permite que se la mortifique. Encuentro la tierra tan hermosa como el cielo, y pienso que la corrección de las formas es la virtud. No es mi fuerte el espiritualismo; me gusta más una estatua que un fantasma, y la luz del medio día más que el crepúsculo. Hay tres cosas que me agradan: el oro el mármol y la púrpura: brillo, solidez y color. En esto consisten mis sueños y con estos materiales se hallan contruidos todos los palacios que edifico para mis quimeras... Jamás hay en ellas nada de niebla y de vapor, nada indeciso ni flotante. Mi cielo no tiene nubes ó si las tiene, son nubes sólidas y cortadas á cincel, hechas con pedazos de mármol caídos de la estatua de Júpiter... Me gusta tocar con el dedo lo que he visto y perseguir la redondez de los contornos hasta los más fugitivos repliegues... Siempre he sido así; miro á las mujeres como un escultor y no como un amante. Toda mi vida me he interesado por la forma del frasco y nunca por la calidad de su contenido. Si hubiera tenido en mis manos la caja de Pandora, creo que no la hubiera abierto.

Sus novelas están llenas de ingenio, de erudición, de humorismo, de ingeniosidad, de imaginación y de fantasía. Con frecuencia no figura en ellas el corazón. Lo más tierno que llegó á imaginar es su cuento *Juan y Juanita*. Es una novela de amor, pero no hay en ninguna parte una página de pasión, un dúo de ternura. Teófilo Gautier nos describe á sus enamorados en su aspecto exterior, nos dice los pasos que dan, sus paseos por la calle y por el bosque, la decoración de su cuarto, la forma de sus vestidos; apenas estudia sus sentimientos. Nos afirma que se aman y no se cuida de hacernos ver cómo se aman. Es la contraposición del arte clásico. Racine, y hasta Pradon, escudriñaban el corazón, sondeaban las almas, y describían la pasión por medio del análisis, sin cuidarse de la parte exterior del personaje, de su actitud, de su medio. Gautier desdeña lo interior y nos deja que lo adivinemos. No tiene ojos

sino para los galones, los artesonados, los efectos de ciertos rincones de calle y de verdura. Las declaraciones del conde de Candale, son logomaquias, habilidades de estilo amaneradas y afectadas en que no toma parte el alma. Una sola vez halló Gautier, ó simuló el sentimiento, y aun así no se lo atribuye á su protagonista. Se trata de un pobre diablo de droguero que divisó, en el baile del Moulin Rouge, á la encantadora marquesa de Champrosé. Ésta se halla disfrazada de costurera, que, en el momento de escoger un nombre, recordó tal vez que en aquel mismo mes de julio de 1850, el teatro de Variedades había representado con éxito las *Metamorfosis de Juanita*, que dió á Teófilo Gautier motivo para escribir un brillante folletín. El droguero se enamora inmediatamente como un loco de Juanita; no piensa más que en ella, y lleva su atrevimiento hasta el extremo de ir á buscarla en su cuartito; la escena entre aquel babieca á quien el amor hace más tonto aún y la vivaracha costurera, es una de las más encantadoras y más raras.

T. Gautier fué ecléctico en sus gustos. Tuvo gran afición á la antigüedad, á los pueblos de Oriente, á la Grecia, á la edad media, al siglo xvi¹, al reinado de Luis XIII y también al de Luis XV. El siglo xviii le seducía. Sentía predilección por aquel tiempo de discretos y á veces imitaba sus maneras, como cuando enviaba regalos envueltos en madrigales:

Vous recevrez pour votre fête,
Si le porteur est diligent,
Un globe de rondeur parfaite,
Tout étamé de vif argent.

Dans sa sphère pure et brillante,
Le ciel reproduit ses couleurs;
Votre villa blanche et riante
S'y mirera parmi les fleurs.

Par malheur, la courbe polie
Des gens déforme les reflets;
Mais vous saurez rester jolie
Où les autres deviennent laids².

1. V. tomo I, page 344.

2. V. tomo I, page 344.

Tendréis para vuestro santo,
Si el portador es despierto,
Redondo globo cubierto
Todo de azogue, ¡ un encanto!

Del cielo su tersa esfera
Reproduce los colores;
Reflejará con sus flores,
Vuestra alegre villa entera.

Mas si la curva brillante
Deforma á quien la consulta,
Do todo feo resulta
Tú sabrás salir triunfante.